

BX 1751

.A1  
W4  
v. 4

ES PROPIEDAD



TIPOGRAFÍA DEL EDITOR, BARCELONA  
**FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ**

## CONFERENCIA DECIMATERCIA

### EL CULTO DEL DIABLO

1. El principio: "En el mundo con el diablo,, salva el honor de la humanidad.—En la senda peligrosa que separa el quinto foso infernal del sexto, se vió Dante obligado á admitir los servicios de diez diablos. Son tan horribles, tienen tan detestable conducta, que no desmienten su reputación. El poeta se estremece de espanto, pero se consuela con el proverbio: «En la Iglesia con los santos, y en la taberna con los bebedores». <sup>(1)</sup> Con esas mismas palabras tenemos que consolarnos en nuestra excursión á través de la literatura y de la civilización humanistas; para decirlo todo, debe añadirse que en el mundo se tropieza á veces con Satanás. Los historiadores que solamente narran los hechos exteriores, pueden muy bien desempeñar su tarea prescindiendo de él; pero el historiador de la civilización, que investiga los últimos y más profundos motivos de los acontecimientos, se engañará mucho si no cuenta alguna vez, aunque circunspecta y moderadamente, con ese elemento funesto.

Sabemos la impresión que producirán estas palabras; sabemos la tenacidad con que la opinión pública se aferra al principio que Fichte el joven expresa en los términos siguientes: Esta opinión de soberana violencia, según la que existiría un mal espíritu fuera del hombre, opinión tan espantosa en sí misma, que sólo podría justificarse por los más apremiantes hechos de la experiencia, sólo se basa

(1) Dante, *Inferno*, XXII, 14, 15,

008974

en principios de que no se puede deducir otra cosa que una naturaleza del mal puramente humana y transitoria.

Nada prueban tales afirmaciones contra la innegable realidad. Quien considere el mundo tal como es, concebirá de él una singular opinión, si no quiere creer que hay una causa exterior de la muchedumbre de males que existen. Si hay algunos acontecimientos en la historia, por no decir muchos, á los que atribuimos un origen humano y tienen, sin embargo, á veces un origen más ó menos extra-humano, será difícil evitar ese desprecio de los hombres que tan frecuentemente encontramos en los representantes de la idea tradicional de humanidad, ó para hablar con más exactitud, del Humanismo. Que se nos perdone esa palabra que desearíamos evitar; si no se quiere convertir los hombres en demonios, hay que creer en el diablo y contar con él en la historia. Ó existe un diablo en la humanidad, ó hay millares de diablos en forma humana. Únicamente la fe cristiana, todavía en este caso, salva el honor de la humanidad.

**2. La Edad Media y las épocas de fe acerca del poder de Satanás.**—Sin embargo, también se reprochó al Cristianismo su doctrina acerca del diablo: dicen que esa enseñanza favoreció singularmente la propensión del hombre á eximirse de responsabilidad. Peregrina acusación. ¡Como si fuese ilícito enunciar una verdad de que pueda abusar quien tenga malas intenciones! Sí, tiene el hombre, como dolencia pertinaz, y más fea aun que su inclinación al mal, la de procurar atribuir á otro la causa de sus malas acciones antes que confesarse culpable. Ya hemos hablado de esto. Si el hombre no perdona al cielo y á la tierra con esa tentativa criminal ¡qué hay de extraño en que acuse también al reino y al príncipe de las tinieblas? Pero esto no es una razón para negar completamente á Satanás y su reino: en ese caso no se podría ya manifestar ninguna convicción por temor á que se hiciese de ella una aplicación mala. Entonces, lógicamente hablando, llegaríamos á negar á Dios, porque criminales cobardes inventa-

ron esta blasfemia: Dios es el autor de nuestro pecado. Entonces nos haríamos perfectos escépticos, y habríamos de negar que tenemos madre, y negar, con los idealistas acosmísticos, la existencia del mundo físico, para que nadie pueda, como frecuentemente ocurre, atribuir la culpa de sus crímenes á la madre que le dió el ser, al cuerpo ó á la sensualidad. Por otra parte, resulta inútil que defendamos la verdad en este concepto: ella misma habla ya en su favor.

Dos hechos son innegables en la historia de la civilización, y valen más que prolijas demostraciones: donde la creencia en el diablo es lo que debe ser, se buscan menos pretextos para excusarse, que donde se la encarece ó se la disminuye. Ese es uno de los hechos; el otro es que el temor supersticioso al diablo no se encuentra donde hay fe y se vive conforme á la fe; en el campo opuesto es donde se le halla.

Santa Teresa nos suministrará la prueba; tenemos siempre cierta complacencia en oponer la doctrina de una mujer á los espíritus que se dicen despreocupados. Dice que no comprende la ansiedad de los que siempre exclaman: ¡El diablo! Precisamente éste siempre teme á los que no le temen. Ella misma temía al diablo mucho menos que los que sienten por él excesivo temor. <sup>(1)</sup>

En esto no hace más que expresar la convicción de todos los corazones verdaderamente cristianos; por eso en los tiempos de fe no se encuentra á menudo el temor al diablo.

Quien conozca nuestra más antigua literatura debe quedar sorprendido al ver cuán poco se temía á Satanás y su poder; se le trata en los términos más desdeñosos, y aun á veces como un personaje cómico. Las frecuentes denominaciones de negro del infierno, <sup>(2)</sup> esbirro del infierno, <sup>(3)</sup>

(1) Vida de Santa Teresa, *Cap.* XXV.

(2) Hartmann von Owe, *Lied.*, 8, 2, 10. Konrad von Würzburg, *Leich* 9 (Hagen, *Minnesinger*, II, 311). Walther von der Vogelweide (Pfeiffer, 111, 7).

(3) Titurel, 5481, 4. Bruder Wernher, 1, 2 (Hagen, III, 11). Hartmann von Owe, *Gregorius*, 7, a.

perro del infierno, <sup>(1)</sup> dogo del infierno, <sup>(2)</sup> calavera del infierno, <sup>(3)</sup> chivo del infierno, <sup>(4)</sup> malvado del infierno, <sup>(5)</sup> *Hællegege*, <sup>(6)</sup> es decir, loco del infierno, gusano del infierno, <sup>(7)</sup> hostelero del infierno, <sup>(8)</sup> copero del infierno, <sup>(9)</sup> pastor del infierno, <sup>(10)</sup> ladrón del infierno, <sup>(11)</sup> viejo perro envidioso <sup>(12)</sup> y muchas otras parecidas, no indican un gran temor al diablo ni grandes consideraciones hacia él. La manera de representarle en las paredes y en las sillerías de coro de las iglesias, nos le hace ver siempre como un ser odioso, miserablemente dominado y con frecuencia soberanamente grotesco. Por todas partes se encuentra expresado lo que ese pobre Hartmann dice: «Allí está sólidamente atado en lo más profundo del abismo infernal, con una cadena al cuello y un anillo en la nariz, que le impiden levantarse. El sublime poder de Dios le impide causarnos tanto mal y tendernos tantos lazos como querría. <sup>(13)</sup> Si tenemos una fe vigorosa, el diablo no puede dañarnos». <sup>(14)</sup>

En resumen, durante la Edad Media se encuentran pocas señales del lúgubre temor al diablo. Aunque niegue la existencia del diablo, ó por mejor decir, precisamente porque la niega, el libre pensamiento moderno le tiene mucho más miedo que aquella época. Entonces no se disimu-

(1) Heinrich von Meissen (*Frauenlob*), *Spr.*, 16, 3 (Etmüller, 50). Heinzelin von Konstanz, 6, 3 (Hagen, III, 409). Hartmann, *Gregorius*, 163; *Leben der hl. Elisabeth*, 1007.

(2) Hugo von Langenstein, *Martina*, 4, 12; 51, 7 (Keller, 8, 127).

(3) *Ibid.*, 186, 90 (470).

(4) *Ibid.*, 156, 43; 184, 46 (394, 464).

(5) *Ibid.*, 227, 82 (575).

(6) *Ibid.*, 91, 3 (152).

(7) Konrad von Würzburg, *Leich*, 10 (Hagen, II, 311); *Ave Maria*, 4 (III, 337). *Passional*, Hahn, 106, 27; 343, 71.

(8) *Parzifal*, 119, 25 (Bartsch, 3, 111). *Winsbecke*, 40, 11. *Marnier*, 15, 14 (Hagen, II, 250). Hugo von Trimberg, *Renner*, 3210, 5091; *Passional*, Hahn, 99, 11.

(9) H. v. Langenstein, *Martina*, 60, 73 (Keller, 151).

(10) *Parzifal*, 316, 24 (Bartsch, 6, 1104).

(11) H. v. Langenstein, *Martina*, 216, 47 (545).

(12) Seifried Helbling, 2, 264.

(13) Hartmann, *Vom Glauben*, 535 y sig.

(14) *Ibid.*, 957 y sig.

laban el poder y la influencia del espíritu de las tinieblas, pero se sabía también hasta donde llegaba ese poder, y cómo se le podría evitar. El bello poema *El juez y el diablo* nos suministra un ejemplo sorprendente, tan serio como imparcial. <sup>(1)</sup>

Así procede la literatura de los mejores tiempos. Dante evidentemente da pruebas de seriedad con relación á la creencia en el poder de Satanás y á la rica cosecha que recoge; sin embargo, trata de los diablos con un buen humor verdaderamente delicioso. <sup>(2)</sup> Lo mismo hace Calderón: su *Mágico prodigioso* es chispeante de ingenio á propósito de la impotencia del mismo en quien reconoce, sin embargo, un gran poder. La célebre comedia *El diablo predicador*, atribuída por unos á Belmonte, por otros á Coello, va más lejos aún; es difícil superar lo cómico de esa obra. <sup>(3)</sup>

Es propio de aquellos poetas el modo de burlarse de Satanás, pero no podemos negar tampoco que está en armonía con las creencias cristianas.

Ningun cristiano niega el poder del ángel rebelde y de su séquito. Si antes de su caída poseía una naturaleza, una fuerza, una inteligencia tan sublimes, que exceden con mucho á las nuestras, las posee todavía, <sup>(4)</sup> pues el pecado hace estragos en la naturaleza, pero no la destruye. Dispone, por consiguiente, para la ejecución de sus tenebrosos planes, de fuerzas naturales mucho mayores que ningún otro poder terrestre, por bien dotado que esté.

Pero el discípulo de aquél que encadenó al fuerte con un poder más fuerte aun <sup>(5)</sup> que el suyo, y que le arrojó de su reino, <sup>(6)</sup> sabe que no tiene por qué temerle si no se en-

(1) Hagens, *Gesamtabenteuer*, III, 387 y sig. Goedeke, *Deutsche Dichtung im Mittelalter*, 849-851.

(2) Particularmente *Inferno*, 21, 22.

(3) Dohm, *Span. Nationallit.*, 381 y sig. Schack, *Dramat. Literatur in Spanien*, (1) II, 632 y sig. Ticknor-Julius, *Schoene Lit. in Spanien*, I, 684 y siguientes.

(4) Agustín, *De Genesi ad literam*, 11, 20, 27; 29, 30. Gregorio Magno, *Mor.*, 32, 17. Sto. Tomás, 1, q. 63, a. 4; q. 64, a. 1, 2. Xant. Mariales, *Ccel. amphitheatrum in D. Thom. quest. disput.*, q. 16, a. 2, 6, 11, 12.

(5) Mateo, XII, 29.

(6) S. Juan, XII, 31.

trega á él por su propia negligencia. El enemigo no reposa nunca, es cierto; vaga sin cesar alrededor de nosotros como un león que procura devorarnos, <sup>(1)</sup> pues aunque depuesto de su soberanía, no puede tolerar que el hombre, muy inferior en fuerza, suba, no obstante su debilidad, hasta un escalón en que él mismo no pudo sostenerse. Apesar de eso no es temible; sólo puede amenazar. Las numerosas direcciones que toma y los medios de que se vale para alcanzar su fin prueban precisamente su impotencia. <sup>(2)</sup> Está, digámoslo así, encadenado por el poder de Jesucristo, y encadenado quedará hasta el fin de los tiempos, cuando se le dará completa libertad <sup>(3)</sup> para apresurar la separación de lo que hasta entonces no haya sido separado, y la decisión de lo que no estuviese resuelto.

Si, no obstante eso, tiene en el mundo tan gran poder, si hasta es llamado en la Sagrada Escritura príncipe y dios de este mundo, <sup>(4)</sup> sólo es causa de ello la corrupción de los hombres. <sup>(5)</sup> Por pereza deponen éstos las armas que los harían invencibles contra su astucia y su poder; <sup>(6)</sup> hasta le ahorran el trabajo de tentarlos, puesto que hacen ya lo que le agrada antes de que los ataque; <sup>(7)</sup> y si los abate como árboles, es su voluntad mala y cobarde lo que le pone el hacha en las manos. <sup>(8)</sup>

Tal es la enseñanza de la Iglesia Católica acerca del poder de Satanás y la convicción que predominó donde quiera que estuvo en vigor el espíritu de la Iglesia.

**3. Hechicería y magia desde la victoria del Humanismo.**—Pero quien conozca á los hombres no se asombrará

(1) I Petr., V, 8.

(2) Atanasio, *Vita S. Antonii*, 27, 28. Marc. Erem., *De bapt.*, (Biblioteca Lugd., V, 1106, c.).

(3) Atanasio, *loc. cit.*, 24; *Const. Ap.*, 8, 7. Agustín, *Civ. Dei*, 20, 8. (Prosper) *Dimid. temp.*, 4 (Agustín). *Append.*, s. 37, 4, 5 (*al. 197 de temp.*). Cassiano, *Coll.*, 7, 23. Torre, *Virt. relig.*, 2, 2, q. 90, a. 2, d. 11. Delrio, *Disquis. mag.*, l. 2, q. 30, 3. Brognoli, *Manuale exorcist.*, 64, 71, 146, 150.

(4) Apocalipsis, XX, 3; IX, 11. Malvenda, *De Antichristo*, 1, 12, c. 5, 6.

(5) S. Juan, XII, 31, II, Cor., IV, 4.

(6) Escio, *In II Cor.*, IV, 4.

(7) *Vitæ Patrum*, 7, 25, 1. Teresa, *Leben*, Cap. 31.

(8) Roskoff, *Gesch. des Teufels*, II, 375 y sig.

de que hayan con frecuencia abusado mucho de esa manera de ver tan acertada en sí misma. Llamó la atención desde hace largo tiempo que en las leyendas de la Edad Media, en oposición á leyendas más modernas, el diablo lleva siempre la peor parte en los pactos hechos con él; muchas veces hasta se va con las manos vacías. Basta indicar á este propósito las leyendas de Teófilo, de Réprobo ó de Cristóforo. No negamos que en muchas de estas leyendas hay una degeneración de la verdadera fe, y que, especialmente en las representaciones francesas y españolas, el desdén hacia Satanás se convierte en cierta audaz arrogancia relativamente á la salvación; pero si se ha creído ver la expresión de sentimientos verdaderamente católicos en que, según esas leyendas, sólo hace falta cierta suma de piedad exterior para librarse del diablo, se equivocan. El verdadero concepto católico aparece en las leyendas de esos mercaderes mágicos y caballeros en las que el Malo va á buscar lo que es inmortal, porque ellos olvidaron desgraciadamente que, además de las cosas exteriores prudentes y piadosas, el interior, es decir, la verdadera conversión del corazón es indispensable y hasta lo principal, si se quiere deshacerse del diablo cuando se ha estado en relación con él; luego la frivolidad de la Edad Media no fué tanta como se ha dicho.

No puede negarse que á veces haya sido mucha; pero, en proporción, no tuvo tanta importancia si se considera el mal que siguió á la decadencia de la antigua fe. Á partir del momento en que disminuyó la adhesión á la fe y á la Iglesia, cuando se empezó á considerar como el resumen de toda civilización, no sólo el arte y la literatura del antiguo paganismo, sino su propio espíritu, es decir, después de la victoria del Humanismo y el comienzo del Renacimiento, parece que el diablo se apoderó del mundo. Cuanto menos brillaba la lámpara santa en la casa del Señor, más creía ver agitarse en todos los rincones fantasmas el espíritu que se había alejado de la protectora compañía de Dios. Se atribuía al diablo un poder, frente al cual nada

hacia el poder divino; no se producía el más pequeño accidente sin que el diablo fuese la causa; ningún deseo surgía en el corazón sin que se creyese poder satisfacerlo con su auxilio. Las brujas producían el bueno y el mal tiempo; de ellas provenían los años estériles, los insectos dañinos, no siendo por lo tanto extraño que fuese cada vez mayor el número de los contaminados con esa preocupación, y que aspiraban á hacerse notables ó terribles. No había felicidad, ni estado de ánimo, ni ciencia que el diablo no pudiese dar; de él procedía el oro, hacía el cuerpo invulnerable á los golpes y á las balas, daba espejos mágicos, balas hechizadas, filtros; procuraba todos los goces que podía apetecer una generación intemperante y desordenada. <sup>(1)</sup> Fué la época de la magia y de la brujería.

Según los más fidedignos testimonios, este abuso no alcanzó su desenvolvimiento sino desde que empezó á desaparecer la fe de la Edad Media, hacia el año de 1350. <sup>(2)</sup> No puede dudarse que el Humanismo, que por entonces despertaba, haya legado á los tiempos modernos esta herencia siniestra procedente del paganismo clásico. Se unió á eso la herencia, siniestra también, de las antiguas mitologías germánicas y los restos bien acentuados de supersticiones orientales comunicados por las sectas maniqueas de la Edad Media y por la cábala judía.

De la mezcla de esas tres partes esenciales resultó lo que llamamos brujería, sirviéndole evidentemente de fermento la antigua levadura germánica; de ahí procede que la brujería floreciese, en el sentido propio de la palabra, especialmente en los países germánicos, y sobre todo desde mediados del siglo XV hasta fines del XVII.

En las regiones puramente romanas, el culto del diablo se manifestó más bien bajo la forma de magia en la época en que aparecieron los devastadores efectos del Humanismo. La brujería no estuvo jamás floreciente en España; cuando incontestablemente reinaba en Alemania, Lope de

(1) Menzel, *Gesch. der deutschen Dichtung*, II, 147 y sig.

(2) Gerres, *Mystik.*, III, 54. Cantu-Lacombe, *Hist. univ.*, XIV, 461.

Vega y Agustín de Salazar se burlaban de ella como de una ilusión de la plebe. <sup>(1)</sup>

En los siglos XVII y XVIII, la brujería produjo en Francia una nueva rama, no en su verdadera forma, sino con alteraciones de importancia. La podredumbre que el Jansenismo, el libre pensamiento y la corrupción habían amontonado, constituyó el fértil suelo en que creció este segundo retoño venenoso de la brujería con todas sus ramificaciones. Que nadie se escandalice si citamos aquí la época de Luís XIV y Luís XV; es una época muy notable en la historia de la brujería. Si las tertulias de las Preciosas que suministraron materia á las sátiras de Molière; si los salones en que la Brinvilliers, la Voisin y sus discípulos vendían, como se decía entonces, de un modo bastante transparente, polvo de herederos á las marquesas y á las duquesas de la más distinguida sociedad; si los convulsionarios y las escuelas de profetas, los precursores de los Camisardos; si esas sociedades y esas órdenes secretas en que encontramos personas de las más altas clases, agrupadas al rededor del conde de Saint Germain, de Casanova, y de Cagliostro; si tales cosas, repetimos, no pertenecen al capítulo de la brujería, podemos decir que no ha existido jamás.

**4. El mundo como teatro de demonios después de la reforma.**—Si las cosas pasan así, lo mismo en las clases más bajas que en las más consideradas y distinguidas, nadie debe asombrarse de que haya sido tanto el poder de Satanás. Sin embargo, no se puede admitir nunca que se exagere su influencia de suerte que parezca ser el único poder espiritual que exista en el mundo; esto significaría tanto como entregarlo á Satanás; pero si se considera la manera de ver de las gentes desde fines del siglo XV, necesario es confesar que las cosas sucedieron así en aquella época. Desde entonces la imaginación se ocupa exclusivamente en el enemigo de todo bien; en todas las paredes se ve al diablo en persona; el terror que á su vista se expe-

(1) Shack, *Gesch. der dram. Literatur in Spanien*, (1) II, 15 y sig.